

El claustro, luchando entre la reverencia al Rey y la reverencia á la ley, se encontró en la mayor perplejidad. Despacháronse á toda prisa mensajeros al Duque de Albemarle, que había reemplazado á Monmouth en el puesto de canciller de la Universidad. Pedíanle qué expusiera al Rey el verdadero estado de la cuestión. En tanto, el archivero y los bedeles se las habían con Francis, y le informaban que si quería jurar según ordenaba la ley, sería admitido inmediatamente. El fraile se negó á pronunciar los juramentos. Quejóse á los oficiales de la Universidad de su poco respeto al mandato real, y viéndoles firmes en su resolución, montó á caballo y fué á querrellarse á Whitehall.

Reuniéronse entonces en consejo los Rectores de los distintos colegios. Se consultó la opinión de los mejores legistas, todos los cuales estuvieron de acuerdo en aprobar la conducta seguida por la Universidad. Pero ya estaba en camino una segunda carta de Sunderland, concebida en términos altivos y amenazadores. Albemarle hizo saber á la Universidad, entre mil frases que manifestaban su pesar, que había hecho cuanto estaba en su mano, pero que el Rey se había mostrado con él frío y disgustado en extremo. El claustro, alarmado por estas nuevas y sinceramente deseoso de cumplir las órdenes del Rey, si bien resuelto á no violar las leyes del país, envió las más humildes y respetuosas explicaciones; mas todo fué en vano. Al poco tiempo, el Vicecanciller y el Senado de la Universidad fueron citados para comparecer ante la Comisión eclesiástica en Westminster el 21 de abril. El Vicecanciller debía asistir en persona. El Senado, que se componía de todos los doctores y licenciados de la Universidad, debía enviar una comisión.

Cuando llegó el día fijado, una gran multitud lle-

naba la Cámara del Consejo. Jeffreys ocupaba la presidencia de la mesa. Rochester desde que había dejado el poder no pertenecía á la comisión, viéndose en su lugar al lord Chambelan, Juan Sheffield, Conde de Mulgrave.

VI.

EL CONDE DE MULGRAVE.

La suerte de este noble tiene un punto de semejanza con la de su colega Sprat. Mulgrave escribió versos que apenas si merecen la calificación de medianos; mas como era persona de cuenta, así en la política como en el mundo elegante, sus versos encontraron admiradores. El tiempo disolvió el encanto; mas desgraciadamente para él, ya entonces sus versos habían adquirido, por prescripción, derecho á ocupar un puesto en todas las colecciones de poetas ingleses. De aquí que hasta nuestros días se hayan venido imprimiendo sus insípidos ensayos poéticos y sus insoportables canciones á Amoreta y á Gloriana, en compañía del *Comó* y del *Festín de Alejandro*. Consecuencia de esto ha sido que nuestra generación conozca principalmente á Mulgrave como poetaastro, y en calidad de tal le desprecie. Sin embargo, según la opinión de personas imparciales, el Chambelan fué hombre de dotes no vulgares, y apenas se le encontrará inferior en elocuencia parlamentaria á ninguno de los oradores de su tiempo. En cambio sus cualidades morales en modo alguno le hacen digno de respeto. Era un libertino, sin aquella franqueza y liberalidad que á veces hacen amable el libertinaje, y

era un altivo aristócrata, sin aquellos sentimientos elevados que hacen á veces respetable la altivez aristocrática. Los satíricos de la época le apellidaban *Lord Todo Orgullo*. Este orgullo era, sin embargo, susceptible de todo linaje de vicios innobles. A muchos admiraba que quien tenía idea tan exaltada de su dignidad pudiera mostrarse tan miserable y bajo en todas las cuestiones de dinero. Había inferido grave ofensa á la Real familia, atreviéndose á pretender el corazón y la mano de la Princesa Ana. Viendo el mal éxito de su atrevimiento, había tratado de recobrar con bajezas el favor que su presunción le hiciera perder. Su epitafio, escrito por él mismo, aun advierte á cuantos visitan la Abadía de Westminster, que vivió y murió siendo escéptico en religión; y sabemos por sus *Memorias* que la superstición romana era tema favorito de sus burlas y donaires. Y sin embargo, no bien Jacobo subió al trono empezó á mostrarse muy inclinado á la religión católica, y últimamente en secreto se hacía pasar por converso. Tan abyecta hipocresía fuera recompensada con un asiento en la Comisión eclesiástica (1).

Ante aquel formidable tribunal compareció actualmente el doctor Juan Pechel, vicescanciller de la Universidad de Cambridge. No era hombre de

(1) Mackay, *Retrato de Sheffield*, con la nota de Swift; *Sátira de los declarantes*, 1688; *Vida de Juan, Duque de Buckinghamshire*, 1729; Barillon, agosto 30, 1687. Poseo un epigrama manuscrito de 1690 contra Mulgrave. No deja de ser ingenioso; los versos más notables son:

Peters (Petre) to-day and Burnet to-morrow
Knave of all sides and-religions he'll woo.

Corteja á los tunantes de todos los partidos y religiones; hoy al Padre Petre y mañana á Burnet.

gran talento ni energía, pero iba acompañado de ocho profesores distinguidos, elegidos por el Senado. Entre éstos figuraba Isaac Newton, perteneciente á Trinity College y profesor de matemáticas. Estaba entonces su genio en la plenitud de su vigor. La gran obra que le valió el puesto más eminente entre los geómetras y matemáticos de todas las edades y naciones se imprimía con autorización de la Sociedad Real y casi estaba pronta para la publicación. Era firme partidario de la libertad civil y de la religión protestante, pero sus hábitos en modo alguno le hacían apto para las luchas de la vida activa. Permaneció, pues, guardando modesto silencio entre los delegados, y dejó á hombres más versados en los asuntos prácticos la tarea de defender la causa de su amada Universidad.

Nunca se había tenido que fallar en una cuestión más clara. La ley era terminante, y la práctica, casi sin excepción, había estado conforme con la ley. Podía tal vez haber sucedido que en un día de gran solemnidad, cuando se conferían multitud de grados honorarios, pasase alguna persona entre la multitud sin prestar los juramentos. Pero tal irregularidad, efecto sólo de la prisa ó de inadvertencia, no podía citarse como un precedente. Embajadores extraordinarios de distintas religiones, y especialmente uno de ellos, que era musulmán, habían sido admitidos sin jurar. Pero á nadie se le ocurría comprender tales casos dentro de lo prescrito y del espíritu de las leyes del Parlamento. Ni aun podía citarse ninguna persona á quien, exigiéndole los juramentos y negándose á prestarlos, se le hubiesen conferido los grados universitarios, y tal era precisamente la situación de Francis. Los delegados se comprometían además á probar que, durante el reinado anterior, algunas Reales órdenes no habían tenido efecto por no reunir los

recomendados las condiciones exigidas por la ley, y que en tales ocasiones el Gobierno siempre había aprobado la conducta de la Universidad. Pero Jeffreys se negó á prestar oídos á la razón. Pronto advirtió que el Vicecanciller era débil, ignorante y tímido, y así dió rienda suelta á aquella insolencia que durante mucho tiempo fuera el terror de Old Bailey. El infortunado doctor, que no estaba acostumbrado á verse en presencia de tales personajes, y menos á tales tratamientos, se encontró pronto azorado y lleno de terror. Cuando otros profesores más aptos para defender su causa intentaban hablar, Jeffreys les impuso silencio brutalmente. «*Vosotros no sois vicecancilleres. Cuando lo seáis podréis hablar; hasta entonces lo mejor que podréis hacer es callaros.*» Los acusados salieron del tribunal sin lograr hacerse oír. Llamóseles de nuevo al poco tiempo, y se les hizo saber que los comisarios habían resuelto destituir á Pechel del cargo de vicecanciller y suspenderle de todos los emolumentos á que, en su calidad de maestro de un colegio, tenía derecho, los cuales eran de idéntica naturaleza que la propiedad particular. «*En cuanto á vosotros,* dijo Jeffreys dirigiéndose á los delegados, *casi todos sois teólogos; os enviaré, pues, á vuestras casas con un texto de la Sagrada Escritura: «Seguid vuestro camino y no pequéis más; si no, algo peor podrá sucederos»* (1).

(1) Véase el proceso de la Universidad de Cambridge en la Colección de causas de Estado.

VII.

ESTADO DE LA UNIVERSIDAD DE OXFORD.

Pudiera parecer lo hecho suficientemente injusto y violento; pero ya el Rey había empezado á tratar á Oxford con tal rigor, que en comparación el desplegado contra Cambridge podría calificarse de indulgencia y suavidad. *University College* habíase ya convertido católico, gracias á Obadiah Walker, en un seminario católico. Ya Christ Church era gobernado por un deán católico. En ambos colegios se decía misa diariamente. La tranquila y majestuosa ciudad, baluarte por tanto tiempo de los principios monárquicos, se hallaba agitada por pasiones desconocidas allí hasta entonces. Los estudiantes, con connivencia de sus supericres, silbaban á los miembros de la congregación de Walker y entonaban canciones satíricas bajo sus ventanas. Aun se conservan fragmentos de las serenatas que alteraban la paz de la calle Mayor. El estribillo de una de las baladas decía:

El viejo Obadiah
Canta el *Ave Maria*.

Durante la temporada teatral en Oxford el sentimiento público se manifestaba aún con más energía. Representóse la *Comisión* de Howard. En esta comedia, escrita poco después de la restauración, los puritanos eran presentados como gente odiosa y despreciable, merced á lo cual había sido por espacio de veinticinco años una de las piezas favoritas del público oxonienese; gozaba á la sazón esta obra de más favor que nunca, pues por una feliz coincidencia uno de los

principales personajes era un viejo hipócrita llamado Obadiah. El público prorrumpía en exclamaciones de regocijo cuando en la última escena aparecía Obadiah con una cuerda al cuello, y redoblaba el entusiasmo cuando uno de los actores, apartándose del texto de la comedia, anunciaba que Obadiah iba á ser ahorcado por haber cambiado de religión. El Rey se irritó grandemente por tal insulto, y tan turbulenta se mostraba la Universidad que uno de los regimientos recién organizados, el mismo que actualmente lleva el nombre de *Segundo de Dragones de la Guardia*, fué destinado á Oxford para evitar cualquier tumulto (1).

Estos acontecimientos debían haber convencido á Jacobo que de seguir por tal camino iría indudablemente á su ruina. Desde hacía mucho tiempo estaba acostumbrado á luchar con los londonenses. Habíanse levantado contra él, unas veces sin razón, otras inútilmente. Habíales resistido repetidas veces, y aun podía hacerlo de nuevo. Pero que Oxford, la sede de la lealtad, el cuartel general de los *Caballeros*, el sitio donde su padre y su hermano habían tenido la corte cuando no se creían seguros en la turbulenta capital, el lugar donde los escritos de los grandes maestros republicanos habían sido entregados recientemente á las llamas; que allí ardiese la tea del descontento, que aquellos mancebos de elevado espíritu que algunos meses antes se habían apresurado á marchar voluntariamente contra los insurrectos del Oeste pudiesen ahora con dificultad, por la espada y la carabina, ser mantenidos en orden; todas estas señales eran de mal agüero para la casa de Estuardo. La advertencia, sin embargo, no produjo efecto en el torpe, obstinado y

(1) Wood, *Athenae Oxonienses*; *Apología de la Vida de Colley Cibber*; *Citers*, marzo 2 (12), 1686.

egoísta tirano. Estaba resuelto á conceder á su Iglesia las más ricas y espléndidas fundaciones de Inglaterra. En vano trataron de oponerse á sus desig-nios los mejores y más discretos consejeros católicos, los cuales le hicieron ver que en su mano estaba prestar un gran servicio á la causa de la religión sin violar los derechos de propiedad. Con una pensión de dos mil libras anuales, pagada de su bolsillo particular, podría sostener un colegio de Jesuitas en Oxford. Fácil le sería economizar aquella suma, y el colegio, dirigido por buenos, sabios y celosos maestros, sería rival formidable para las antiguas instituciones académicas, que ya presentaban muchos síntomas del abandono casi inseparable de la seguridad y la opulencia. El colegio del Rey Jacobo sería muy pronto, según confesaban aun los mismos protestantes, el principal centro de educación de la Isla, tanto en lo relativo á la ciencia como á la disciplina moral. Este sería el método más eficaz y menos odioso de humillar la Iglesia anglicana, exaltando á la de Roma. El Conde de Ailesbury, uno de los más devotos servidores de la Real familia, declaró que, á pesar de ser protestante y en modo alguno rico, contribuiría por su parte con mil libras esterlinas, prefiriendo esto á que su amo violase el derecho de propiedad y faltase á lo que había prometido á la Iglesia nacional (1). Tal proyecto, sin embargo, no pareció bien al Rey. Era sin duda muy poco adecuado á su carácter cruel, porque vejar y atropellar á los hombres era su mayor deleite, mientras que tener que gastar su dinero le causaba gran pena. Mas lo que no tuvo generosidad bastante para hacer á sus expensas, decidió hacerlo á

(1) Burnet, i, 697; *Carta de Lord Ailesbury*, impresa en el *European Magazine* de abril de 1735.

expensas de otros; y una vez empeñada la contienda, el orgullo y la obstinación le impidieron retroceder, llegando al fin poco á poco á cometer actos dignos de la tiranía turca, actos que llevaron á la nación el convencimiento de que la hacienda de un inglés protestante, bajo la dominación de un rey católico, se hallaba tan insegura como la de un griego bajo la dominación musulmana.

VIII.

MAGDALENE COLLEGE DE OXFORD.

Magdalene College, en Oxford, fundado en el siglo xv por Guillermo de Waynflete, Obispo de Winchester y lord gran Canciller, era una de nuestras más notables instituciones académicas. Una graciosa torre, en cuya cima cantaban anualmente los coristas un himno latino al amanecer del primer día de mayo, era lo primero que descubría de lejos el viajero que viniese de Londres. Al acercarse advertía que esta torre se levantaba sobre un inmenso edificio bajo é irregular, si bien de aspecto imponente, que rodeado de verdura daba sombra al Cherwell, que en lento curso desliza por allí sus aguas. Entrábase por un pórtico (1) coronado de una hermosa ventana circular, que daba paso á un espacioso claustro, adornado con emblemas de los vicios y virtudes toscamente labrados en piedra gris por albañiles del siglo xv. Servíase con gran abundancia la mesa del colegio en un soberbio refectorio, cuyas paredes estaban cubiertas

(1) Este pórtico está ahora cerrado.

de pinturas, y que adornaban multitud de caprichosos trabajos de talla. El servicio religioso se efectuaba mañana y tarde en una capilla que había sufrido grandes desperfectos por la violencia de los reformistas y aun más de los puritanos, mas que con todas estas desventajas era un edificio de singular belleza, el cual en nuestro tiempo ha sido restaurado con rara inteligencia y gusto. Los espaciosos jardines á la orilla del río eran notables por la corpulencia de los árboles, entre los cuales, á manera de torre, sobresalía una de las maravillas vegetales de la isla, una encina gigantesca, anterior en más de un siglo, á lo que se decía, al más antiguo colegio de la Universidad.

Según los estatutos del establecimiento, los Reyes de Inglaterra y los Príncipes de Gales debían alojarse en su recinto. Eduardo IV había habitado el edificio cuando aun no estaba terminado. Ricardo III había tenido allí su corte, había asistido á las disputas escolásticas, había dado fiestas reales y había mejorado la buena mesa de sus huéspedes regalándoles ricos venados de sus propios bosques. Dos presuntos herederos de la corona arrebatados por muerte prematura, Arturo, hermano mayor de Enrique VIII, y Enrique, hermano mayor de Carlos I, habían sido miembros del colegio. Otro Príncipe de la sangre, el último y el mejor de todos los arzobispos católicos de Canterbury, el bondadoso Reinaldo Pole, había estudiado allí. En tiempo de la guerra civil, Magdalene College se había mantenido fiel á la causa de la Corona. Allí había establecido Rupert su cuartel general, y muchas veces había resonado en los tranquilos claustros el toque de botasillas de sus trompetas llamando á sus soldados á la pelea. La mayor parte de los profesores eran eclesiásticos, sólo podían ayudar al Rey con sus oraciones y su dinero; pero uno de

ellos, doctor en derecho civil, levantó una tropa de estudiantes y cayó peleando bravamente á su cabeza contra los soldados de Essex. Cuando, después de terminada la guerra, los *Cabezas redondas* fueron dueños de Inglaterra, las seis séptimas partes de los profesores se negaron á someterse á la autoridad usurpada, lo cual les valió ser arrojados de sus casas y privados de sus rentas. Después de la restauración, los que aun sobrevivían regresaron á su agradable asilo. Una nueva generación, heredera de sus opiniones y de su espíritu, les había sucedido. Durante la rebelión del Oeste, todos los individuos de Magdalene College á quienes la edad ó la profesión no impedía empuñar las armas, se apresuraron á acudir voluntariamente en defensa de la Corona. Difícil sería nombrar ninguna corporación del reino que pudiera presentar más altos títulos á la gratitud de la casa de los Estuardos (1).

Formaban el claustro un presidente, cuarenta profesores, treinta escolares á quienes llamaban *Demies* y gran número de capellanes, escribientes y coristas. Cuando la visita general, hecha en el reinado de Enrique VIII, eran las rentas del colegio mucho mayores que en ningún otro establecimiento de enseñanza del reino, pues ascendían casi á la mitad más que las de la magnífica fundación de Enrique VI en Cambridge, y pasaban del doble de las que Guillermo Wykeham había donado á su colegio de Oxford. En tiempo de Jacobo II, eran inmensas las riquezas de Magdalene College, y aun las exageraba la fama. Decíase entre el pueblo que las riquezas del colegio sobrepujaban á las más ricas abadías del Continente. Y cuando espirase el plazo de los arrendamientos—

(1) Wood, *Athenæ Oxonienses*; Walker, *Sufrimientos del clero*.

solía decir el vulgo—las rentas ascenderían á la prodigiosa suma de cuarenta mil libras anuales (1).

Los profesores, según los estatutos del fundador, tenían derecho á elegir su presidente entre los que actualmente perteneciesen ó hubieran antes formado parte de su Colegio ó de New-College. Habíase ejercido este derecho, generalmente, con toda independencia, si bien algunas veces habían venido cartas reales recomendando á la corporación personas aptas según la ley, y que además eran favorables á la Corte, y en tales ocasiones había sido práctica constante que el claustro acudiese diligente á satisfacer los deseos del Soberano. En marzo de 1687 falleció el rector del colegio. Uno de los catedráticos, el doctor Smith, conocido vulgarmente con el sobrenombre de Rabbi Smith, viajero distinguido, bibliófilo, anticuario y orientalista, que había sido capellán de la embajada de Constantinopla y había comparado las diferentes versiones del texto bíblico del manuscrito de Alejandría, aspiró á ocupar la vacante. Creía tener algún derecho al favor del Gobierno en su calidad de hombre de ciencia y celoso tory. Su lealtad era sin duda tan ferviente y firme como la del que más, entre cuantos componían la Iglesia anglicana. Por mucho tiempo había estado en íntima relación con Parker, obispo de Oxford, y esperaba obtener con su ayuda, una carta real para el colegio. Parker le prometió hacer cuanto estuviera en su mano, pero muy pronto le anunció haber tropezado con grandes dificultades. «*El Rey*, le dijo, sólo recomendará á quien sea partidario

(1) Burnet, I, 697; Tanner, *Noticia monástica*. En la visita hecha en el año vigésimoctavo del reinado de Enrique VIII resultó que la renta anual de King's College ascendía á 751 libras esterlinas; la de New-College á 487, y la de Magdalene College á 1076.

de su religión. ¿Qué podéis hacer para complacerle en este punto?» Smith contestó que si lograba ser rector trataría de promover los estudios, el verdadero cristianismo y la lealtad á la Corona.—»Eso no basta, dijo el Obispo.—Siendo así, replicó Smith animosamente, que sea presidente quien quiera; yo nada más puedo prometer.»

IX.

ANTONIO FARMER RECOMENDADO PARA RECTOR.

Habíase fijado la elección para el 13 de abril, y los catedráticos fueron convocados para aquel día. Corría el rumor que se había recibido una carta del Rey recomendando para la vacante á un tal Antonio Farmer. Era la vida de este hombre una serie de actos vergonzosos. Había sido miembro de la Universidad de Cambridge, y se había librado de la expulsión, gracias á haberse retirado á tiempo. Unióse después á los disidentes, y posteriormente había entrado en Magdalene College, donde al poco tiempo se hizo notar por todo linaje de vicios. La mayor parte de las noches entraba en cátedra con inseguro paso, medio cayéndose, sin poder hablar, á efecto de la embriaguez. Hízose célebre por haber capitaneado un deshonroso tumulto en Abingdon y frecuentaba constantemente los más conocidos centros de libertinaje. Por último, se había hecho tercero y extremando todavía la común vileza de su vil oficio, recibía dinero de jóvenes disolutos por servicios que la historia no debe recordar. Este miserable, sin embargo, había tratado de hacerse papista; su apostasía hizo olvidar todos sus vicios, y aunque todavía era joven, fué elegido para dirigir una sociedad grave y religiosa, donde aun es-

taba reciente el escándalo dado por sus vicios y su depravación.

En su calidad de católico no podía, según las leyes del país, desempeñar ningún empleo académico; y por no haber sido nunca profesor de Magdalene College ni de New-College no estaba en condiciones de aspirar á la presidencia vacante, según establecía una disposición especial del reglamento de Guillermo de Waynflete. El cual había recomendado también á los que disfrutasen de su beneficio tener especial cuidado en cuanto á la moralidad de la persona que eligiesen para su jefe; y aun cuando no hubiera dejado tal advertencia, una corporación compuesta principalmente de eclesiásticos no podía, decorosamente, confiar á un hombre como Farmer el gobierno de un establecimiento de enseñanza.

Los catedráticos manifestaron respetuosamente al Rey las dificultades de su situación, si, como se decía, Farmer era recomendado, suplicando que, si Su Majestad deseaba intervenir en la elección, propusiese á alguna persona á quien, sin faltar á la ley ni á su conciencia, pudiesen elegir. No se hizo el menor caso de tan respetuosa advertencia. Vino la carta Real, que fué traída por un profesor de los que últimamente se habían hecho papistas, Roberto Charnock, hombre de talento y de buenas prendas, pero de carácter arrebatado y turbulento, que le llevó algunos años más adelante á un crimen atroz y á un fin desastroso. El 13 de abril reunióse el Cuerpo académico en la capilla. Aun quedaba alguna esperanza de que el Rey modificase su designio en vista de la súplica que se le había dirigido. Decidieron, pues, aplazar la votación hasta el 15, que era el último día en que podía verificarse la elección, según los estatutos del Colegio.

X.

LA ELECCIÓN.

Llegó el 15 de abril y nuevamente se reunieron los catedráticos en su capilla. Aun no se había recibido contestación de Whitehall. Dos ó tres profesores de los ancianos (*seniors*), entre los cuales se hallaba Smith, opinaban por que se aplazase la elección nuevamente, antes que tomar una determinación que podría excitar el enojo del Rey; pero el lenguaje de los estatutos era claro y terminante, y todos los individuos de la Universidad habían jurado observarlos. Opinión general fué, pues, no dilatar por más tiempo la elección. Siguióse á esto un acalorado debate; los electores estaban muy excitados para ocupar en aquel momento sus puestos, y todo el coro resonaba con el tumulto. Los partidarios de que se procediese inmediatamente á la elección invocaban en su apoyo sus juramentos y la regla establecida por el fundador, á quien debían la subsistencia. Decían, con razón, que el Rey no tenía derecho á imponerles su voluntad, aun cuando se tratase de un candidato legal. Algunas expresiones desagradables á oídos tories se escaparon en el calor de la disputa, y Smith se indignó en terminos de exclamar que el espíritu de Ferguson se había apoderado de todos sus colegas. Resolvióse al fin, por gran mayoría, proceder inmediatamente á la elección. Charnock abandonó la capilla. Los otros profesores, después de recibir la Eucaristía, acudieron á dar sus votos. La elección recayó en Juan Hough, hombre eminente por su virtud y prudencia, el cual, después de haber sobrellevado la persecución con fortaleza y

la prosperidad con modestia, se había visto elevado á grandes honores, y renunciando humildemente á honores aún más altos, murió en edad muy avanzada, pero en pleno vigor de espíritu, más de cincuenta y seis años después de este día turbulento.

Apresuróse el claustro á poner en conocimiento del Rey las circunstancias que habían hecho necesario elegir presidente sin más dilación, y suplicaban al Duque de Ormond, como patrón de toda la Universidad, y al Obispo de Winchester, como visitador de Magdalene College, que hicieran valer su influencia cerca del Soberano; pero el Rey estaba irritado en demasía y era excesivamente torpe para hacer caso de cualesquiera explicaciones.

XI.

LOS ELECTORES DE MAGDALENE COLLEGE CITADOS ANTE LA COMISIÓN ECLESIASTICA.

A principios de junio fueron citados los electores para comparecer ante la Comisión eclesiástica, en Whitehall. Acudieron cinco al llamamiento en representación de todos. Jeffreys los trató con la brutalidad é insolencia que le eran habituales. Cuando uno de ellos, un grave doctor llamado Fairfax, indicó alguna duda respecto á la validez de la comisión, el Canciller empezó á rugir como una fiera: «¿Quién es este hombre? ¿Quién le ha mandado aquí á decir tales desvergüenzas? ¡Sujetadle! ¡Arrojadle en un calabozo! ¿Cómo se le permite andar suelto? Yo le haré custodiar como á un loco. Y extraño que nadie haya acudido á mí pidiéndome su encierro.» Pero una vez pasado el furor de la tormenta, y cuando se ley-

ron las declaraciones respecto al carácter moral del candidato del Rey, ninguno de los comisarios se atrevió á declarar que tal hombre pudiera decorosamente ser puesto á la cabeza de un gran colegio. Obadiah Walker y los otros católicos oxonienses que habían ido á defender la causa de su prosélito quedaron confundidos. La Comisión declaró nula la elección de Hough y suspendió a Fairfax de su empleo; pero ya no se mencionó á Farner para nada, y en el mes de agosto se recibió una carta Real recomendando á Parker, Obispo de Oxford, á los electores.

Parker no era papista declarado, pero le faltaba una condición que, aun cuando la presidencia se hallara vacante, hubiera sido decisiva para excluirle: no había pertenecido nunca ni á Magdalene College ni á New-College. Pero la presidencia no estaba vacante: Hough fuera elegido con toda legalidad, y todos los miembros del Colegio estaban obligados por juramento á mantenerle en su puesto. Así pues, haciendo mil protestas de lealtad y sentimiento, se excusaron de cumplir el regio mandato.

XII.

EL HOSPITAL DE CHARTERHOUSE.

Mientras así Oxford oponía inquebrantable resistencia á la tiranía, igual resolución y firmeza encontraba el Rey en otra parte. Poco antes había ordenado Jacobo á los administradores de Charterhouse, personas del más alto rango y consideración en el reino, la orden de admitir á un católico llamado Popham en el hospital colocado bajo su custodia. El director, llama-

do Tomás Burnet, clérigo distinguido por su genio, saber y virtudes, tuvo el valor de replicar, aun cuando el feroz Jeffreys estaba en el tribunal, que lo que se exigía de ellos era contrario á la voluntad del fundador y á una ley del Parlamento. «¿Y eso qué importa?» dijo un cortesano que figuraba entre los administradores.—*Importa mucho, en mi opinión*, respondió una voz debilitada por la edad y los pesares, lo cual no impedía que se oyese con respeto en todas partes: la voz del venerable Ormond. *Una ley del Parlamento, continuó el patriarca de los Caballeros, no es, en mi opinión cosa de poca importancia.*» Discutióse entonces si Popham debía ser admitido, y se resolvió rechazarlo. El Canciller, que no podía dar suelta á sus maldiciones y juramentos á presencia de Ormond, salió en un arrebatado de furor, y fué seguido por algunos de la minoría. Consecuencia de esta salida fué que no quedara número suficiente para dar validez á la votación, no pudiendo, por tanto, responder definitivamente á la orden del Rey.

La reunión inmediata se efectuó sólo dos días después que la Comisión eclesiástica había pronunciado sentencia de destitución contra Hough y de suspensión contra Fairfax. Presentóse á los administradores una Real orden autorizada con el Gran Sello; pero el tiránico proceder seguido con Magdalene College había levantado el espíritu de la Comisión en vez de subyugarlo. Dirigieron una carta á Sunderland suplicándole informase al Rey de que no podían, en este punto, obedecer á S. M. sin faltar á la ley y abusar de la confianza depositada en ellos.

No puede dudarse que si tal documento hubiera sido firmado por personas de poca importancia, el Rey habría acudido á medidas violentas, pero aun le imponían respeto los grandes nombres de Ormond,